

La Edad Media y nosotros

ENTREVISTA CON ANDRÉ BURGUIERE

Jacques Le Goff

Traducción de MARIA LUISA JARAMILLO

El Nouvel Observateur: Esta otra Edad Media es en primer lugar la suya. Del gran volumen que acaba de aparecer que reúne una gran parte de su obra, quedamos con una fuerte impresión a la vez de unidad y de originalidad. ¿Pero en esta manera muy personal de interrogar a la Edad Media, supongo que usted reconoce predecesores que son de alguna manera sus maestros?

Jacques Le Goff: Por supuesto. Hay uno que se impone, Marc Bloch. Desafortunadamente no lo conocí. Pero representa para mí un punto de partida esencial. De él viene mi interés por las representaciones y el esfuerzo para mostrar que los fenómenos históricos derivan en el fondo de dos planos: uno que es el de los hechos

y el otro el de la idea, de la imagen que de ella se hacen los que viven estos fenómenos. La realidad histórica es la combinación de estas dos dimensiones. Este aspecto de la actividad de las sociedades que llamo con otros “la construcción del imaginario” ha ocupado un lugar central en mi trabajo.

N. O.: Pero el que le transmitió la pasión por la Edad Media no fue Bloch...

J.L.G.: No. Fue Walter Scott y en particular su novela “Ivanhoe”, que me fascinó cuando era muy joven. En plena intriga novelesca, Walter Scott logró reconstituir una sociedad medieval con sus rasgos históricos específicos, sin mutilarla, en este caso el enfrentamiento entre los Normandos y los Anglosajones.

N.O.: Esta Edad Media, romántica, finalmente, no es la que usted más rechaza...

J.L.G.: No. Es la de la erudición sin idea, sin distancia y sin imaginación, afeerrada a sus textos, para la cual, como lo dice Lucien Febvre, los campesinos de la Edad Media sólo elaboraron cartularios. Sea cuales fueren los méritos de estos eruditos, a quienes debemos la edición de un gran número de textos y de documentos medievales, su ausencia de explicación del pasado y de ideas para aclararlo, su falta de atención sobre las formas concretas de la vida hicieron que ella se convirtiera para mí en un polo de repulsión. Incluso ahí, para superar esta concepción inmóvil de la Edad Media y volver a encontrar el sentido de la vida, Marc Bloch ha sido un modelo. Pienso en el capítulo de su *Sociedad Feudal* que él titula "Maneras de sentir y de pensar".

N.O.: ¿Nuestro cuerpo no es en mucha parte medieval?

J.L.G.: La pregunta siempre me ha interesado mucho. Un sólo ejemplo: la manera complicada, porque no se puede tratar de una historia lineal, como se considera el sufrimiento físico. El es en primer lugar realidad biológica y médica. Los hombres de la Edad Media y sobre todo los médicos hacen esfuerzos muy meritorios, a partir del siglo XIV, para luchar contra el dolor, pero se percibe en su débil capacidad para controlarlo el eco del desprecio por el cuerpo enseñado durante largo tiempo por la Iglesia. "El cuerpo, ese abominable vestido del alma", decía San Gregorio el Grande.

Pero el cristianismo enseña la resurrección del cuerpo, parte también eterna del hombre. Frente a esta miseria del sufrimiento físico, Dios es un Dios vencedor

del sufrimiento y de la muerte. Durante mucho tiempo, Cristo ha sido esencialmente percibido y representado como el resucitado, el vencedor de la muerte. Y, luego tenemos que desde el siglo XII al XIV el prestigio de Cristo se nutre de una especie de espiritualización y de exaltación de la muerte, que se afianza profundamente en la muerte física y biológica. El Cristo que se impone es el Cristo de la Pasión.

En el siglo XIV, vemos aparecer un nuevo tema iconográfico: el tema del *Ecce Homo*. En ese momento, el cristianismo llega a una afirmación sorprendente: el sufrimiento es lo propio del hombre. Y de esta idea va a poder derivarse un humanismo fundado en la lucha contra el sufrimiento.

Un personaje como San Luis, que según los documentos es fundamentalmente un enfermo, vive en una especie de oscilación entre la concepción y el rechazo al sufrimiento. Su comportamiento, en el que busca claramente imitar a Cristo, es muy característico: no solamente no lo rehúye sino que lo busca en una tradición monástica por los ayunos y otras prácticas ascéticas. Pero tenemos testimonios completamente apasionantes en los cuales trata, frente a sí mismo y a los otros, de expresar un cierto respeto por el cuerpo e incluso un apego al cuerpo.

N.O.: Usted ha estudiado la actitud represiva y reprobadora de los hombres de la Edad Media respecto a la risa. ¿Es ella la prolongación de su actitud con relación al cuerpo?

J.L.G.: En parte. La risa es una manifestación que implica aspectos físicos. Uno ríe con y a través de su cuerpo. Es al mismo tiempo una manifestación social. Podemos reír solos así como hablamos solos. Pero la risa establece en la

complicidad, la atracción, el conflicto o la burla una relación entre los individuos. Finalmente, la risa es un fenómeno cultural e ideológico. Ahora bien, para los clérigos de la Edad Media la risa plantea un problema, y fue esta problematización lo que me interesó. En su herencia estaba Aristóteles, que había declarado: "La risa es lo propio del hombre". Pero esta afirmación cuadraba mal con el espíritu general del cristianismo y no existe la más mínima mención en el Nuevo Testamento de que Cristo, que es el modelo de la humanidad, haya reído así hubiera sido una sola vez.

Este silencio de los escritores merece debates apasionantes que aclaran dos momentos y dos medios muy importantes para la Edad Media. En la alta Edad Media, es la espiritualidad monástica la que domina. Ella aleja la risa de textos sorprendentes, donde se abordan frecuentemente los aspectos fisiológicos de la risa. La risa es una obscenidad que viene de las partes inferiores del cuerpo para atravesar la barrera de los dientes.

Si nos trasladamos al siglo XIII, constatamos que la risa se ha convertido en uno de los temas sobre los cuales la escolástica hace esfuerzos para construir un nuevo humanismo cristiano. Es completamente sorprendente. Confieso que no esperaba encontrar en las sumas teológicas de los grandes escolásticos como Alberto el Grande, San Buenaventura, Santo Tomás capítulos enteros, a menudo largos, consagrados a la risa. Aquí hay por lo tanto un reto.

N.O.: Quizá lo más novedoso, lo más inesperado de su Edad Media, es su extraordinaria extensión. En su estudio sobre los sueños en la Edad Media, usted parte de la Antigüedad tardía e incluso de

la Antigüedad Clásica, recorre el camino seguido por esta cultura medieval de sueños prácticamente hasta el siglo XIX...

J.L.G.: En el caso de los sueños iría de buena gana hasta Freud y los surrealistas que hicieron del sueño un material completamente esencial. Se debe partir de la idea de que la periodización es a la vez algo artificial y esencial. Es una manera de controlar el tiempo. Ahora bien, hacer la historia, es, entre otras cosas, una empresa para controlar y para explicar el tiempo.

La Edad Media como período de la historia es una invención del Renacimiento, e iba a decir que mi enemigo es el Renacimiento. Me parece que los humanistas, y luego los hombres de las Luces que tomaron el relevo, exageraron la "modernidad del siglo XVI" e insistieron demasiado sobre la ruptura mientras yo soy sensible, por mi parte, en la continuidad con el siglo precedente.

Más exactamente, pienso como muchos medievalistas que la Edad Media estuvo marcada, ritmada por movimientos de retorno a la Antigüedad que son de hecho movimientos de innovaciones. Porque los clérigos de la Edad Media tuvieron la tendencia a camuflar, incluso para ellos mismos, su voluntad de renovación detrás de este retorno a la Antigüedad, modelo y trampolín inagotable. A este respecto, el Renacimiento del siglo XVI no es tal vez sino el más espectacular de los retornos a la Antigüedad, y si nos parece como un viraje, como una época de ruptura, es en primer lugar porque se percibe a sí mismo como una ruptura.

Pero en las estructuras profundas de la sociedad, lo que en realidad me sorprende es la continuidad. En el orden económico, a pesar de un cierto desarrollo del

artesanado, la tierra sigue siendo profundamente esencial. Y en la economía rural, un fenómeno recurrente, estructural se mantiene en Francia hasta la Revolución, y mucho más tarde todavía en el este de Europa como un elemento constitutivo de este tipo de economía: la hambruna.

La anotación puede extenderse hasta el terreno político. Es la Edad Media la que dio cuerpo, a partir del derecho romano pero transformándolo, al concepto de soberanía. La Edad Media en este plano, se mantuvo tal vez hasta finales del siglo XX, puesto que es hoy, ante nuestros ojos, que parece deshacerse, con la crisis de Kosovo, la soberanía que por mucho tiempo permaneció incontrovertible en el juego europeo y en el juego mundial.

N.O.: Lo que mide la extensión excepcional de su Edad Media, ¿no es en fin de cuentas el cristianismo, la duración del cristianismo?

J.L.G.: Exactamente, el cristianismo como espiritualidad, como visión del mundo, pero sobre todo como "proceso de civilización". No es por casualidad si en el momento en que se deshace el mundo medieval el cristianismo deja de ser la cultura que inspira y controla completamente la sociedad.

La Edad Media es nuestra infancia, nuestra juventud, en el sentido en que allí vemos nacer muchos rasgos ideológicos e institucionales que componen nuestra modernidad. Pero es también una sociedad, una mentalidad que nos son extrañas, y esta extrañeza debe preservarse si no queremos ceder al pecado mayor del historiador: el anacronismo.

La Antigüedad siempre ha hecho el papel de modelo. Atenas es un modelo de democracia y Roma un modelo de virtud

cívica. La Edad Media siempre ha sido por el contrario un antimodelo. Del Renacimiento hasta la Ilustración, la Edad Media es un modelo de contraste. Es la anticivilización. Para el romanticismo es modelo de refugio. Es la antimodernidad.

A este respecto, vemos en los historiadores una extraña inversión. Gracias a los trabajos de Jean-Pierre Vernant, de Pierre Vidal-Naquet y de su corriente, que se dedicaron a encontrar, bajo las interpretaciones sucesivas acumuladas por siglos de humanidad clásicas, el sentido original de los textos griegos y las estructuras mentales que ellos revelan, el mundo griego se aleja de nosotros. O más bien se separa del decorado de cartón-piedra en el que habíamos instalado, para volver a ser lo que era: otro mundo.

Trabajos de este mismo tipo sobre las estructuras del pensamiento medieval, sobre el papel cultural y civilizador (en el sentido que Norbert Elias le da a este término) de la Iglesia revelan por el contrario la modernidad de la Edad Media o más bien su papel en la génesis de nuestra modernidad y nos lo muestran más cercano a nosotros. Parece, por ejemplo, que nuestra concepción parlamentaria de la democracia fundada en el sistema electivo y la negociación entre puntos de vista divergentes, debe quizá más a los usos de las comunidades monásticas de la Edad Media que a los de las ciudades de la Grecia Antigua.

N.O.: En otras palabras, ¿todo lo bueno que tenemos viene de la Edad Media?

J.L.G.: No, desafortunadamente. Pienso que muchos rasgos de nuestra modernidad encuentran su fuente en la Edad Media, incluso en lo que esta modernidad tiene de menos aceptable. Tomaré solamente dos ejemplos: la tortura y el racis-

mo. La tortura no se inventó en la Edad Media. En la Antigüedad estaba reservada a los esclavos. Sobrevivió relativamente durante la alta Edad Media, pero no se predicó abiertamente ni se practicó sino desde la Inquisición en el siglo XIII.

La Edad Media no es racista en la medida en la que se ignora la noción de raza. Una primera etapa, completamente deplorable, se llevó a cabo a finales del siglo XV, cuando nació, en la España de los Reyes Católicos, la idea de pureza de la sangre. Pero son las teorías pseudocientíficas del siglo XIX las que verdaderamente fundaron el racismo. Esto no debe hacernos olvidar que en el fundamento de la Inquisición y del uso de la tortura está la figura herética, es decir, una lógica de la intolerancia, que vemos en acción muy ampliamente en la actualidad.

Esta lógica de la intolerancia invita a una hostilidad fundamental con respecto

a ciertos grupos. Por un lado los herejes, de otro los judíos. El caso de los musulmanes es más complejo en la Edad Media, incluso si considero que las cruzadas fueron, en la larga duración, un acontecimiento muy negativo. Los comportamientos medievales con respecto a los judíos —lo vemos a través de un personaje como San Luis, al que no podemos calificar sin embargo de racista o de antisemita— prepararon el terreno en el cual va a desarrollarse el antisemitismo.

Para el investigador así como para el ciudadano, el conocimiento de la Edad Media no sirve a pesar de sus atractivos para agradar, sino que permite comprender, aclarándolo, las génesis del presente. Como medievalista, creo que nunca, he querido, en el fondo, algo distinto a esto: ser un esclarecedor del presente.

Tomado de *Le Nouvel Observateur*.
Junio de 1999.